

BOLETIN

de

INFORMACION

del Comité regional del País valenciano  
del Partido Obrero de Unificación Marxista

Año I.- Número 6

Sábado, 28 de mayo de 1938

### LOS DOS CAMINOS

Coincidiendo con la evasión de los presos o prisioneros, o unos y otros, republicanos o falangistas, o del uno y del otro color, del fuerte de San Cristóbal de Pamplona, la audaz operación que ha permitido rescatar a más de trescientos prisioneros asturianos en la costa granadina se nos antoja un símbolo.

Dos caminos podemos seguir para alcanzar la victoria. Dos caminos que no se excluyen ni se neutralizan, antes bien se complementan. Porque nosotros nunca hemos creído que pueda salir de las deliberaciones de la Sociedad de Naciones o de otros conciliábulos diplomáticos una solución favorable al pueblo español. Las batallas que decidirán la guerra no son precisamente las batallas de Ginebra. A menos de que la contienda que se desarrolla sobre el suelo ibérico se generalice, extendiéndose el incendio al mundo entero, los destinos de España se ventilarán entre los Pirineos y el Estrecho, entre el Atlántico y el Mediterráneo.

Para rescatar a esos trescientos combatientes asturianos prisioneros de los facciosos se ha atacado al enemigo a la vez de cara y por la espalda, sorprendiéndole y cogiéndole entre dos fuegos. Pudo atacársele sólo de frente, pero, posiblemente, en este caso, habría tenido tiempo de alejar del frente a los prisioneros, y la sorpresa lo habría sido sólo a medias, pues de frente siempre se espera el ataque.

Hasta ahora, en lo que va de guerra -y va ya para dos años que comenzó- no hemos empleado otra táctica que el ataque de frente. Esto es, nos hemos empeñado en ganar la guerra exclusivamente por nuestros recursos militares, exactamente aquellos de que menos dotados estamos. Ha habido demasiado interés en olvidar el origen y el carácter de la guerra. "La lucha que sostenemos no es una guerra civil, es una guerra de independencia", rezan multitud de carteles que se exhiben en las calles de Valencia. Este olvido deliberado del carácter originario de guerra civil de la lucha que sostenemos determina nuestra estrategia. Dando al olvido cuanto ha ocurrido en Julio de 1936, y antes y después de esta fecha, se quiere ignorar el carácter



político, social, revolucionario de la guerra que sostenemos. Y por el empeño -a la larga, pueril- de cerrar los ojos a la realidad y de borrar, para tranquilizar los intereses de las clases poseyentes de aquende y de allá de las fronteras, hechos que pertenecen ya a la Historia, nos prohibimos recursos, medios y posibilidades de acción que contribuirían poderosamente al éxito de nuestras armas. A nuestro ejército corresponde resistir y atacar de frente al enemigo, es decir, hacerle cara con los medios exclusivamente militares, y al gobierno y a las fuerzas políticas y sindicales incumbe la misión de atacar al enemigo por la espalda, es decir, con las armas de la política.

Digamos antes de ir más lejos que para coger al enemigo entre dos fuegos, el de la acción militar y el de la acción política, es condición indispensable crear en el campo de enfrente condiciones psicológicas adecuadas. Estas no se darán nunca cuando el enemigo avanza. En todas las latitudes, ante el Dios Exitos ante el que se prosternan más fieles. Cuando el enemigo progresa, el fascista auténtico se enardece y el tibio cobra ánimo; en el indiferente, que sólo ansía recobrar con la paz la tranquilidad y las comodidades perdidas, despierta la simpatía hacia el bando que, ganando terreno, parece acercar el fin de la guerra, y el mismo antifascista que vive aherrojado bajo el doble yugo de facciosos e invasores se deja ganar por la desmoralización. Para que puedan entrar en juego con eficacia las armas de la política es preciso que las otras resistan, que, cuando menos, resistan.

Para lograr la victoria no creemos indispensable que nuestro ejército restablezca las comunicaciones con Cataluña, recupere el Maestrazgo, reconquiste por segunda vez Teruel, tome al asalto Zaragoza, restituya Lérida a la comunidad catalana, entre a la bayoneta en Huesca, liberte la Rioja, haga atravesar la frontera a los requetés de Navarra, llegue triunfante a San Sebastián, restaure en Guernica en ruinas las libertades vascas, devuelva Santander a la República, clave sus banderas en las cimas más altas de las montañas astures, arroje al fondo de las rías a los verdugos odiosos del pueblo gallego, descienda por tierras de León y de Castilla a levantar el cerco de Madrid y, por Toledo y Extremadura, irrumpa en Andalucía para dar sepulcro en las aguas del Estrecho a los últimos facciosos e invasores. Es bastante difícil que, reducidos, o poco menos, a nuestros propios recursos, y teniendo que combatir, además de contra el fascismo indígena sublevado, contra dos Estados poderosos y un Estadillo vasallo, podamos confiar sólo a las armas la victoria. Supondría ello casi un milagro. Y no es prudente confiar en los milagros. Sin embargo, aun ocupando el enemigo una posición militarmente ventajosa con respecto a nosotros, aun teniendo en su poder mayor extensión de territorio que la República, la victoria puede coronar nuestros esfuerzos y sacrificios. Alemania, militarmente victoriosa en la Gran Guerra, que había llevado sus ejércitos a las puertas mismas de París, que ocupaba todavía, al firmar el armisticio, buena parte de Francia, casi toda Bélgica y el Luxemburgo entero, y cuyo suelo no había hollado en ningún momento el enemigo, perdió la guerra. Y es que en la guerra las armas no lo son todo.



Perderá la guerra quien pueda resistir menos. Quien pueda resistir menos, más todavía que en los frentes, en la retaguardia. Por eso conviene que no confiemos demasiado en la virtud suasoria de las frases y que adoptemos las medidas prácticas que hagan realizable la resistencia ilimitada. "Resistir con armas o sin armas, resistir con pan o sin pan" está muy bien dicho en la medida en que con esas palabras de resonancias heroicas se expresa el deseo de que cada español antifascista se doble de un héroe o de una heroína. Pero, materialistas que somos, gentes de realidades, más seguros del pájaro en la mano que de las bandadas que surcan el espacio, hubiéramos preferido palabras de entonación menor, pero más concretas. Estas, por ejemplo: "Resistid, que teneis armas; nuestros técnicos y nuestros obreros, y obreros y técnicos que han acudido de otros países a prestarnos el concurso solidario de sus capacidades, han puesto en pie, en veinte meses -la mitad aproximadamente del tiempo que duró la Gran Guerra- una industria bélica que está ya en condiciones de satisfacer todas las necesidades de los frentes". Y estas otras: "Resistid, que teneis pan. Careceréis de productos en cierto modo superfluos, pero el pan no os faltará. Para que os falte nos impondremos los sacrificios que sean necesarios. Y si es preciso, se los impondremos a las generaciones futuras, que también luchamos por su libertad y su bienestar". Para poder atacar la resistencia moral del enemigo, necesitamos tener la nuestra perfectamente acorazada. Y la resistencia moral de un pueblo está íntimamente subordinada a sus condiciones materiales de existencia. Cuando menos, a su posibilidad material de resistir.

Hacer posible la resistencia, primero; resistir, después. A eso se reduce, en suma, nuestra política de guerra. Quien desencadena una guerra está obligado a vencer. Y si no vence rotundamente, es derrotado sin paliativos. Por el contrario, quien ha sido agredido, no está obligado mas que a resistir. Y si la guerra acaba sin vencedor ni vencido, moralmente el vencido es el agresor y el vencedor el agredido. Esto se sabe en la retaguardia enemiga. De ahí acaso la reiteración con que el alto mando fascioso ha realizado operaciones militares de más alcance espectacular que estratégico.

Resistiendo, simplemente resistiendo, quebrantamos la moral del enemigo. Y de paso ganamos tiempo para acumular los recursos en hombres y en material de guerra que nos permitirán pasar a la ofensiva. Pero, al mismo tiempo, inmovilizando al enemigo, creamos en su retaguardia, y aun en sus frentes, las condiciones psicológicas propicias para que nuestra acción política dé los frutos apetecidos.

Es evidente que, a pesar de los recientes y -no hay por qué disimularlo- considerables éxitos militares del ejército fascioso y de las tropas italianas de ocupación, en la España en manos del fascismo los antifascistas son más numerosos que nunca. Mucho más, desde luego, que en Julio de 1936. De entonces acá han transcurrido casi dos años. Tiempo más que suficiente para que las decepciones hayan reemplazado a las ilusiones, las incomodidades y privaciones que son séquito obligado de toda guerra, enfriado muchos entusiasmos, espontáneos, reflejos o calculados; la transformación de lo que se previó fácil golpe de Estado en guerra civil, y la de ésta, proyectada como rápida y arrolladora marcha sobre Madrid, en larga y sangrienta contienda, invadido de fátiga a muchos espíritu; la



traición demasiado visible de recurrir al extranjero para sostener un movimiento iniciado invocando el nombre de España, sublevado muchas conciencias; la humillación continuamente sufrida al contacto con oficiales y soldados extranjeros paseando por calles y plazas sus ínfulas de conquistadores, creado una densa irritación; la reducción a proporciones inaguatables del nivel de vida de los asalariados, sustraídos al trabajo por la movilización y, cuando no, condenados a salarios de hambre por un patronaje cerril, cuya codicia brutal no encuentra ya tópe, producido un hondo malestar; la persecución sin freno de norma ni ley, envuelto a todos en una atmósfera de zozobra. Por añadidura, si en dos tercios del territorio de que se adueñaron al comienzo de la guerra podían los facciosos estar seguros de no hallar sino débil oposición, a medida que han ido ensanchando sus dominios han entrado en zonas de densa población obrera, que no ha podido en su totalidad huir, y que si se ha sometido bajo el terror, poco a poco irá recobrando combatividad, que uno de los lados por donde fallan todas las políticas de terror es éste: el espectáculo cotidiano de la muerte familiariza con ella y hacer perderla el temor.

En la oposición que crece bajo los pies del fascismo en la España invadida coinciden todas las clases sociales y todas las tendencias políticas. Su enemiga a facciosos e invasores se origina en intereses y en sentimientos muy divergentes, que siempre es más fácil coincidir contra algo que para algo. Comienza a oponerse al fascismo el militar postergado por las camarillas que han florecido siempre lozanas en el mundo castrense, y el que sufre el trato insolente de los mandos extranjeros, y el que, educado en los principios del amor a la patria y en el culto a los héroes de la Independencia, ve hoy que la empresa subversiva a la que asoció su esfuerzo ha servido para entregar el país a verdaderos ejércitos de invasión; el burgués, grande, mediano o pequeño, -agricultor, industrial, comerciante- que se las prometía muy felices en los primeros días de la subversión y se frotaba las manos de ver los sindicatos y los partidos obreros disueltos; sus periódicos, prohibidos; sus locales, incautados; sus militantes, encarcelados o fusilados, y se daba aires de triunfador despidiendo y denunciando a sus obreros y empleados que en otros tiempos habían votado a las izquierdas, formado parte de un sindicato o secundado una huelga, y rebajaba salarios y prolongaba jornadas de trabajo, y que hoy sufre la paralización de los negocios por falta de compradores y la penuria de la caja, esquilada por las contribuciones ilegales y forzadas al tesoro de Falange; el técnico y el hombre de ocupación liberal que se sienten humillados en una sociedad donde el italiano y el alemán son ciudadanos de primera clase, el español enfundado en un uniforme lo es de segunda, y sólo de tercera quien viste de paisano, y que cada día encuentran más insoportable la hegemonía social de una soldadesca analfabeta y brutal; el propio fascista de la primera hora que, acaso, ha corrido riesgos y afrontado penalidades y se encuentra hoy eliminado de las funciones públicas, perseguido, encarcelado, obligado a moverse en la clandestinidad y a correr, para salvarse, el albur de un alzamiento contra el régimen que contribuyó a instaurar y los hombres aupó al poder. Y los obreros, vencidos por la rebelión fascista, que han visto la muerte hacer horribles claros



entre sus camaradas y sus amigos, sus vecinos y sus familiares, que viven ocultos o disimulados, vejados y humillados, atenazados por el terror y atormentados por su propia impotencia, aguardan con las ansias del naufrago que se acerca a la orilla la hora de su liberación, y cuando sienten crujir, carcomida por las pugnas de intereses las rivalidades de ambiciones y el choque de los apetitos, y quebrantada por el derrumbamiento de las ilusiones, el edificio fascista, cobran de nuevo fe y recuperan confianza en sí mismo y en nosotros.

Millones de posiciones tenemos ahí por conquistar. Puede ser esa la batalla decisiva de la guerra, En todo caso, no será la de menor trascendencia.

Urge emprender una vasta, tenaz y bien meditada ofensiva contra la moral del enemigo. Nuestra palabra debe resonar constantemente, transmitido por el vehículo invisible de las ondas, del uno al otro extremo de la España clavada en la svástica. Y nuestra aviación debe regar los frentes y las ciudades y las aldeas de millones y millones de hojas. Que esa siembra dará, más pronto o más tarde, su cosecha, y esos bombardeos incruentos harán tantos estragos en el campo enemigo como si nuestros aviones los rociasen sin parar de explosivos.

A una condición, sin embargo, Que esa propaganda esté inspirada y hecha inteligentemente, con tacto y con probidad. La mentira y la exageración de la verdad es una de sus formas- y la calumnia y el insulto, lejos de atraer al que empieza a vacilar, le repele hacia sus primitivas posiciones. La propaganda en el campo enemigo es tarea harto delicada para confiársela a los gárrulos plumíferos que, con frecuencia parapetados en los organismos oficiales de propaganda, ha dos años que hacen de casi todos los periódicos instrumentos de tortura intelectual para sus infortunados lectores. La primera condición para que nuestra propaganda en el campo enemigo sea fructífera es que quienes han de hacerla conozcan con exactitud y en detalle la situación en aquella zona. Y esto supone la existencia al otro lado de las trincheras de una tupida red de espionaje que no sólo nos descorra en lo posible el velo de los secretos militares, y nos informe de la situación económica, sino también nos tenga al tanto de las interioridades de la política en la zona sometida a la autoridad nominal de Franco y a la efectiva de italianos y alemanes y ausculte la opinión pública amordazada, descubriéndonos sus reacciones todavía contenidas y sus evoluciones aun elementales.

Y a otra condición aún. Que nuestras palabras vayan siempre avaladas por nuestros actos. La declaración de principios del Gobierno ofrece una amnistía. Promesa que puede tentar al falangista perseguido y acaso amenazado de muerte por la policía de Martínez Anido. Pero, ¿qué crédito dará ese falangista que se aspira a ganar con la promesa de una amnistía a la declaración de principios del gobierno cuando sepa -y, sabido en el extranjero, no puede ser ignorado de la zona facciosa- que, como allí hay un sector fascista -fascista de antes de la rebelión- situado fuera de la ley, perseguido, reducido a la clandestinidad, con sus personalidades más destacadas encarceladas y aun sentenciadas a muerte, hay aquí un partido antifascista -antifascista de antes de Julio- igualmente situado fuera de la ley, también perseguido, reducido del mismo modo a la



clandestinidad, con sus personalidades más destacadas asimismo encarceladas o asesinadas? ¿Y cuando sepa que las persecuciones de aquí, como las de allí, las inspiran gentes que toman su santo y seña en el extranjero?

Nuestra propaganda no puede ser unilateral. El bloque antit fascista que, amasado con la sangre de los muertos y con las lágrimas de las madres, de las viudas y de los huérfanos, se va constituyendo bajo las botas de montar de los generales facciosos y de los invasores italo-alemanes lo constituyen materiales muy heterogéneos por su composición social y sus concepciones políticas, por sus intereses y sus anhelos. A todos esos sectores, a quienes el odio a la traición y al invasor sirve de aglutinante, ha de dirigirse nuestra propaganda. Su leit-motiv ha de ser la lucha contra la invasión extranjera y la dictadura fascista encarnada hoy en las figuras de Franco y de Anido. Que si en otros puntos pueden separarse, en ese coincidirán todos: antifascistas amordazados, diferentes hartos de fascismo y de invasores y fascistas arrepentidos. En suma, el eje de nuestra propaganda deben ser los dos primeros puntos de la declaración de fines de guerra formulada por el gobierno de la República, pero si pasamos a las promesas y a los planes para el futuro, entonces no podremos dirigirnos a un sólo sector sin renunciar a conquistar los demás, ni deberemos hablar el mismo lenguaje ni expresarnos en un solo tono para todos. Porque, de hablar para un solo sector, habría de ser éste aquél a quien está reservado un papel decisivo: el proletariado. Pues mientras la clase obrera no entre en acción, la retaguardia facciosa se mantendrá en pie. Que, sin desdeñar su concurso, convendrá que nadie confíe demasiado en las revoluciones de palacio o de cuarto de banderas, ni en las explosiones de malhumor o de despecho que se dibujan en las filas facciosas, ni en la vocación heroica de burócratas y tenderos. Nosotros pensamos que ningún concurso nos vendrá de más, cualquiera que sea el móvil que lo incorpore a nuestros afanes de rescatar el suelo que la traición enajenó y de libertar a los hombres que encadenó el fascismo, pero a condición de no sacrificar a los de menos volumen los más cuantiosos.

Tiene puntos de semejanza la situación que atraviesa actualmente la España sometida con la que vivió nuestro país en los primeros años de la dictadura de Primo de Rivera. Los primeros chispazos de descontento brotaron entonces en los sectores sociales más próximos a la dictadura, en los que la concedieron mayor crédito de confianza cuando no la dispensaron más ruidosas muestras de adhesión. Y los móviles que los determinaron fueron casi siempre mezquinas rivalidades profesionales, cuando no miserables ambiciones personales insatisfechas. Fueron el pleito de los artilleros, los complots fraguados en las salas de banderas, las actitudes levantiscas de Queipo de Llano, de López Ochoa, de Ramón Franco... Grupos y gentes que tomaban de los conspiradores del siglo pasado los procedimientos de organización y los planes de acción, y cuyo fervor de neófitos revolucionarios se enfrió tan pronto como las ambiciones fueron escuchadas o los intereses recibieron satisfacción. Mientras tanto, la clase obrera permanecía pasiva, desconfiada de las actividades de aquellos inesperados revolu-



cionarios, reservando sus fuerzas y aguardando su hora. Al otro lado de las trincheras se repite hoy la historia. El barco comienza a hacer agua por las inmediaciones de la cámara del comandante. Pero no se hundirá hasta que se le abran otras vías de agua.

Parece que muchas gentes, de esas que nunca aprenden porque hasta ahora nunca perdieron, se disponen a recomenzar ahora la experiencia de 1930. Entonces, cuando ya el proletariado había irrumpido impetuosamente en la escena política, consagraron todas sus fuerzas a evitar que su participación en la lucha que debía dar al traste con la morarquía fuese decisiva. De ahí que, en el movimiento insurreccional de Diciembre, se dejasen los primeros papeles a los Queipo y a los Franco, y a otros militares que pudieron pasar a través de los acontecimientos sin salir siquiera de un prudente anonimato, y a la clase obrera se la reservase para la comparsa. Y de ahí también que lo que pudo ser una insurrección fuese una cuartelada sostenida por una huelga general, y lo que pudo constituir una victoria quedase en una derrota. Las mismas gentes que así ordenaron las cosas en 1930 suspiran hoy porque el tinglado fascista se venga abajo por sí mismo, es decir, porque le vayan restando apoyos las fuerzas y los grupos sociales que lo constituyeron -burgueses y pequeño burgueses, militares y fascistas en trance de arrepentimiento-, y no porque lo derriben, en un sobresalto de cólera, los trabajadores que no tienen de qué arrepentirse, si no es de su candidez del 14 de Abril, reeditada el 16 de febrero. Por eso, lo que se dice y se escribe con la esperanza de que halle eco en el campo faccioso va dirigido a los oídos y a los entendimientos de burgueses y de pequeños burgueses, de militares y de fascistas, y el único sentimiento que se trata de soliviantar es el patriotismo. Para el proletariado, para los trabajadores que han podido hurtar sus cuerpos al pelotón de ejecución, para las viudas y para los huérfanos de los obreros inmolados se habla o se escribe muy poco o nada, y se pugna por adormecer el espíritu de clase, el sentimiento revolucionario. Si no lo impedimos a tiempo, los errores de 1930 y de 1931 y de los primeros meses de 1936, que tanta sangre y tanto dolor y tanta ruina nos están costando, se repetirán con las mismas funestas consecuencias.

Cuanto más profundamente introduzcamos nuestra propaganda en el campo enemigo, más pronto se harán notar sus efectos. Un sector de la retaguardia facciosa avogará siempre con recelo las palabras que viertan en sus oídos nuestras emisoras radiofónicas, las que le lluevan impresas desde nuestros aviones. Por el contrario, la hoja deslizada en las manos por una mano amiga o conocida, el pasquín pegado en las fachadas, la palabra dicha al oído encontrarán, si saben concretar el pensamiento difuso de las gentes, menos reservas. Es decir, que una vasta ofensiva contra la moral del enemigo requiere que audaces y prudentes guerrilleros de la propaganda se introduzcan en las ciudades sometidas a Franco, y en sus unidades militares, y en sus organizaciones políticas y sindicales, no sólo para sustraer adhesiones al fascismo y para levantar los ánimos decaídos de los antifascistas, y para ahondar los desacuerdos y acentuar las rivalidades, y sembrar los recelos y explotar las dificultades, sino también para reorganizar los partidos y los sindicatos que la victoria de la rebelión destruyó y coordinar sus fuerzas y aunar sus esfuerzos y constituir en la retaguardia del ejército sublevado y de las tropas invasoras, e incluso en su seno, un ejército que en la hora propicia



pueda abrir al nuestro las puertas de la fortaleza enemiga.

La propaganda no es la única arma que podemos enfilear contra el campo enemigo. Son numerosos los soldados obligados a combatir contra nosotros que se han pasado a nuestras filas arrojando todos los peligros. Los que se han arriesgado a dar este paso lo han hecho impulsados por sus convicciones antifascistas, movidos por el odio al faccioso y al invasor. Una disposición ya vieja del ministerio de la Guerra establece un premio irrisorio al soldado evadido con armas de la zona facciosa: cincuenta pesetas. Por tan módica suma -el precio de dos docenas de huevos, a pesar de la tasa, o el coste de una camisa de inferior calidad- nadie afrontará el menor riesgo. El que se pase a nuestras filas respondiendo al llamamiento imperativo de su conciencia, recibirá como una ofensa el premio. Y el que sólo sea capaz de optar movido por un afán de beneficio material, por diez duros no se dejará tentar. No faltarán ciertamente en los parapetos del otro lado gentes con alma de mercenario. Aproximados sin inadecuados escrúpulos las debilidades del adversario. Si hay enemigos que se venden, compremoslos. Nunca valdrán tanto, por caros que nos cuesten, como la sangre que podamos ahorrar a nuestros soldados. Seamos más generosos al recompensar al desertor de las filas de Franco. Pongamos un precio al hombre y otro a cada arma, cartucho o explosivo que sustraiga al enemigo. Sobre el precio del hombre, pongamos una prima al grado: a mayor jerarquía, mayor premio. Y demos un premio especial a los desertores que nos presenten, vivo o muerto, un jefe, oficial o clase del ejército faccioso. Y, enfin, recompensemos pecuniariamente, en proporción a los hombres y a las armas que nos entreguen, a los jefes, oficiales y clases que se pasen a nuestras filas con las fuerzas a sus órdenes. El dinero también es un arma y puede facilitarnos ventajas militares con escaso esfuerzo y casi ningún sacrificio. Todo consiste en saber utilizarlo. Pero hay una recompensa que puede tentar a muchas más gentes que el dinero. Y es licenciar en el acto a todo oficial, clase o soldado pasado del campo enemigo que lo desee, cualquiera que sea su situación militar. La República no perdería por ello ningún soldado, y Franco podría encontrarse con algunos menos. Pues aunque en la zona facciosa se ejerzan represalias contra los familiares de los evadidos, no todos los soldados que luchan en las filas franquistas tienen familiares próximos, ni todos los tienen a la mano de la venganza fascista.

De ese ejército que necesitamos crear detrás de las trincheras enemigas tenemos ya el embrión. Lo constituyen esos guerrilleros heroicos que en las montañas de Asturias y en las sierras de Huelva particularmente resisten con indomable tenacidad a los facciosos. No creemos que se haya hecho cuanto fuera posible para sostener a esos puñados de hombres que mantienen en alto, en algunos sitios desde hace cerca de dos años, la bandera de la Libertad, desafiando a cada hora la muerte sin esperanza de salvación ni otro apoyo que el que los accidentes del terreno y su propia fidelidad les proporcionan. Y, sin embargo, si las condiciones de la guerra moderna son poco propicias para la lucha de guerrillas, no las hacen del todo imposibles, y alguno de los actuales instrumentos de combate -la aviación- puede prestar a los guerrilleros excelentes servicios de información, de enlace, de protección y de abastecimiento. No es bastante discernir formulariamente, de tanto en tanto, un elogio



los periódicos a nuestros bravos guerrilleros. Tienen derecho a esperar de nosotros algo más que vanas palabras. Si encontrasen en nosotros la asistencia que merecen, las guerrillas se multiplicarían en el campo enemigo creando nuevas preocupaciones y dificultades a las autoridades facciosas y levantando con su ejemplo la moral de los antifascistas que sufren bajo el fascismo.

Dígase lo que se quiera, los enemigos de nuestros enemigos no son necesariamente amigos nuestros, pero son, en todo caso, y aunque no se lo propongan, nuestros colaboradores. De ahí que convenga a los intereses de nuestra causa sostener las insurrecciones, aunque sean parciales, que puedan producirse en el territorio dominado por la facción. Nuestra aviación puede en estos casos realizar, a la vez de su cometido peculiar, bombardear y ametrallar fuerzas de tierra enemigas y atacar a la aviación negra, otro del mayor interés político, ayudando a los insurrectos a resistir o a ponerse en salvo de sus perseguidores, con lo que alentaríamos a rebelarse a otros descontentos e iríamos precipitando la descomposición del frente y de la retaguardia enemigos.

Nuestras propagandas encontrarán tanto mayor eco en la zona facciosa, y nuestros esfuerzos darán resultados tanto mejores, cuanto mayores sean las dificultades que se amontonen ante el enemigo. ¿Hemos de esperar a que estas dificultades surjan de por sí o debemos contribuir a acentuarlas, cuando no a crearlas? Frente a un enemigo que nos hace la guerra totalitaria sería inadmisibles candidez renunciar a las armas, cualesquiera que sean, que se pongan al alcance de nuestra mano. La acción combinada que preconizamos contra la moral del frente y de la retaguardia enemiga hallará un complemento de inestimable eficacia en la acción fría y concienzuda y realizada audazmente de sabotadores y de terroristas, de grupos de choque formados o introducidos en la España que aspiramos a libertar de las cadenas que la oprimen con la misión de constituir un ejército invulnerable que haga una guerra implacable a los hombres y a las cosas: a la producción agrícola e industrial y a los transportes y a los medios de comunicación.

Si ponemos en la lucha a que se nos ha provocado una pasión incontenible y un alma implacable; si impedimos que se desdibuje el carácter político, social, revolucionario de la guerra que sostenemos; si tenemos la voluntad indomable de vencer, tarde lo que tarde y cueste lo que cueste la victoria; si somos capaces de evitar que en aras de la conservación del régimen capitalista se sacrifique nuestro triunfo; si le hacemos al enemigo la guerra totalitaria y la guerra tentacular, atacándole a la vez, con flexibilidad y con audacia, con todas las armas y por todos los lados, y volviendo contra él todos nuestros recursos, la victoria será nuestra. Como en el audaz golpe de mano de la costa granadina, el enemigo, cogido entre dos fuegos, se nos rendirá sin condiciones, y la España encadenada volverá a ser libre, como esos trescientos prisioneros asturianos arrebatados a sus verdugos.



## NUESTROS HEROES

---

### ANTONIO JOVE SOLER

En las operaciones desarrolladas en el sector de Aguilar de Alfambra en la segunda decena de abril resultó gravísimamente herido de un balazo en la cabeza nuestro camarada Antonio Jové Soler capitán del batallón número 257.

Jové, que era miembro de nuestras Juventudes de Barcelona, sucumbió a las pocas horas.

---

### FRANCISCO LLOVERAS

El 14 de mayo, en Monteagudo, sector de Alcalá de la Selva, ha muerto gloriosamente, combatiendo frente al enemigo, nuestro camarada Francisco Lloveras, miembro de la sección de Tarrasa de nuestro Partido.

Lloveras combatía con el grado de capitán en el segundo batallón de la 64 Brigada mixta. Produjo su muerte la explosión de una bomba de mano arrojada desde un avión faccioso.

La víspera de morir, Lloveras realizó un acto de gran valor. Había salido, acompañado por dos soldados de su compañía, a hacer una exploración. De pronto se encontraron con un pequeño contingente faccioso, con el que entablaron combate. En la lucha resultaron muertos los dos soldados que acompañaban a Lloveras. Pero nuestro camarada pudo regresar a sus posiciones trayendo un cabo y cuatro soldados facciosos prisioneros y dos mulos capturados al enemigo.

Lloveras tenía veintitrés años de edad.

---:---:---:---:---:---:---:---